



III

UN SUICIDIO

PEDRO Blot continuó:

—Adela y yo no estábamos casados, ¿entiende usted? Pero como si lo estuviéramos; era igual. Nos queríamos mucho; trabajábamos cuando había obra, y se hacía uno duro al hambre y á todo; como que no ha estado uno jamás ni un momento sin sufrir desde el día en que ha nacido.

Yo no tenía vicios, excepto el de fumar. Pero me empiqué al trago cuando se comenzaron á pagar las idas y venidas para mejor elegir el candidato á concejal. Había necesidad de ilustrarse los unos á los otros, y esto da sed, ¿no es cierto? Llegó el em-

barazo de Adela, y con el embarazo la enfermedad: se puso insufrible; yo comencé á volver á casa cada vez más tarde, por no estarla oyendo todo el día, y fui tomando el gusto á la política que da de beber. Vino por fin el chiquillo: Adela dejó por completo de trabajar; ella quería bautizarle, yo no. Entonces ¡qué diablo! fui bebiendo cada vez más para matar la tristeza. No hay más remedio. ¡Pues si uno no procura alegrar el espíritu... estamos hechos unas máquinas!

Me iba, pues, metiendo mucho por la bebida, pero no me había dado todavía al ajenjo, porque no lo podía sufrir; me repugnaba. «Es la pócima más amarga que hay en la botica,» solía yo decir, estremeciéndome al gustarlo. El ajenjo no vino sino con las elecciones generales, cuando Mazagrán comenzó á hablar contra los viejos rezagados de 1848. ¡Ah, cómo nos acalorábamos, unos en favor de los viejos barbas y otros en contra! ¡Tenía que ver!..... el ajenjo, el beber ajenjo es peor de aprender que un oficio. Cuesta muchísimo trabajo hacerse á ello, y después no puede uno pasar sin ello. Es como la política, que le aburre á usted al principio.....

—Y se acaba por creer en ella—dije maquinalmente.

Pedro Blot me miró con ceño y se encogió de hombros.

—¡Si fuera sólo creer en ella!—murmuró.

Después continuó con desenfado:

—¡Vaya, no nos haga usted tan tontos! Ya sabemos que los farsantes son farsantes, porque hemos oído cantar á los viejos antes de oír cantar á los jóvenes. Por supuesto, siempre la misma música y la misma letra. Los viejos querían hacer su negocio, y le han hecho: los jóvenes van contra ellos por hacer su negocio, y le harán á su vez. Los viejos no han hecho más que su negocio; los jóvenes no harán más que su negocio.

—Pero ¿y los negocios de ustedes?—le pregunté.

—Parece—me respondió Pedro Blot sin pestañear—que nuestros negocios no se pueden hacer ahora en seguida. Hay que esperar.

—¿Y usted obedece así y todo á esos á quien usted llama farsantes?

—Así y todo.

—¿Y por qué?

—Porque demuelen.

—¿Y después?

—Después..... ¿Qué quiere usted?..... eso siempre gusta. Matan á Dios, que es el mal, y puede ser que

al fin y á la postre eso nos traiga alguna otra cosa mejor que Dios.

Quedéme helado al oírle, y no pude menos de pensar en la facilidad prodigiosa del oficio de Tartufo-ateo. No ha menester ni de lógica, ni de ciencia, ni de nada. Ni aun siquiera tiene necesidad de engañar á su Orgon, por que ya tiene cuidado de engañarse el solo.

Con tal que demuela el bien, llamándole el mal, su Orgon todo lo demás se lo pasa. ¡Señor, Señor! ¡Bendita sea vuestra misteriosa providencia! Los hombres se preguntan muchas veces por qué habéis ensanchado y allanado tan extraordinariamente los senderos de la mentira; pero ¿no es tan claro como la misma evidencia? Y la mentira constantemente vencedora sobre la Tierra ¿no es la encargada de demostrarnos la verdad del Cielo?

Por supuesto que Pedro Blot no daba el nombre de Tartufo ni á los antiguos barbas ni á los galanes jóvenes de la demolición; pero continuaba de esta manera su elogio:

—Entre tanto ellos se pasean en coche y nosotros andamos zancajeando á pie, con los zapatos torcidos, cuando los tenemos; ellos viven en palacios, mientras nosotros nos albergamos en estos agujeros, y eso cuando no nos arrojan contra un

guardarrueda; ellos comen buena carne y beben buen Champagne, y su pipa *aculotada* no es más que una pantalla que no les impide fumar buenos puros de capitalista, cada uno de los cuales representa el valor de un pan de cuatro libras. Antes se escondían de nosotros para eso, pero ahora lo tienen á gala; y bien mirado, ¿qué nos va á nosotros en eso? Nosotros estamos aquí para nombrarles diputados; nosotros les nombramos diputados, y ellos son buenos diputados, porque todo lo hunden. Así es que ahora, cuando vienen á presentárenos alegando méritos, les es ya permitido prescindir de mancharse las manos adrede, como hacían antes, para entrar en nuestras casas, lo mismo que se ponen guantes de color de manteca fresca para ir á los bailes de sociedad. Ya sabemos que no creen una palabra de todo lo que nos dicen, y guiña uno el ojo. *Esta no es la cuestión*, como ellos suelen decir en la Asamblea. A más de que ¿quién es el que cree hoy lo que dice? Yo tal vez, cuando digo que no creo en nada..... y si acaso. Hay momentos en que esto del corazón me hace tanto daño, que se me corta la respiración. Entonces, cuando me falta el aliento, me pasa por las mientes la idea de que voy á cascar; y no tengo miedo, ¡ca!, eso no; pero siento frío en los huesos, prueba de que no estoy bien seguro de que voy

á dormir con la muerte de los perros. ¡Qué tontería!

Detúvose aquí sin aliento, y tan terriblemente desfallecido, que á mí también me asaltó la idea de que se iba á morir allí de repente. Tenfale la mano entre las mías y estaba fría y mojada.

Yo no sé si es una maldición el haber sabido manejar la pluma. Quería yo ser todo entero para aquel desgraciado, y hubiera dado la sangre de mis venas por encontrar dentro de mí las palabras que eran menester para la curacion da su alma; pero la tiranía de mi antiguo oficio me abrumaba.

He tratado de reproducirte el lenguaje de Pedro Blot, tal cual era, y tú has debido pensar que estoy fingiendo con poca habilidad el estilo. No, no lo creas: Pedro hablaba como te cuento, y yo, aun en mi dolorosa emoción, que gracias á Dios era sincera, escudriñaba y criticaba sin querer aquel lenguaje en que el francés llano y honrado del obrero se mezclaba apenas con alguna que otra palabra de *argot* (1), pero se desviaba de vez en cuando hasta usar maneras de hablar que no eran propias del pueblo.

Debo añadir que todo iba envuelto y como empa-

(1) Jerigonza peculiar de la gente baja en Francia, á manera del *caló* de Andalucía.

pado en ese acento especial innoble del albañil de París, que hacen todavía más repugnante esa especie de cansancio ó languidez crónica de los labios y esa torpeza ó grosor de la lengua, síntomas del vicio inveterado de la embriaguez.

Buscaba yo á finas veras una palabra sola que decir, y no la encontraba. Las últimas frases de Pedro Blot parecían prestarme un asidero, pues que él mismo había manifestado alguna duda acerca de la sinceridad de su completa perdición.

Es muy raro que yo me corte; pero aquella vez tenía la desgracia de *observar*, y no hay nada que envilezca tanto las emociones como ese espionaje literario, antigua manía ¡ay! inveterada en mí, como en el pobre Pedro Blot la sed del borracho.

En vez de hablar, socorrí materialmente á Pedro Blot lo mejor que pude, de lo cual tenía grave necesidad, porque se le había cortado la respiracion y volvía los ojos en blanco. ¡Ah! en verdad que Tartufa-emancipador no apacienta su piara en pastos muy succulentos: al sostener á Pedro medio incorporado en mis brazos, sentí á través de la tela del saco que estaba anguloso y ligero como un esqueleto.

Magdalena había salido con el niño envuelto en su manton, por ver de adormecerle al aire sano

de afuera. Y mientras Pedro iba recobrando trabajosamente el aliento, oía yo la voz un poco temblorosa, pero muy dulce, de mi mujer, que canturreaba un villancico del país con el que habíamos sido adormecidos nosotros y todos nuestros hijos.

La letra decía:

«La puerta del Paraíso
Se ha abierto de par en par,
Y el Niño Jesús, de flores
Allí coronado está.
La Virgen Santa le adora
Con ternura sin igual;
¡Vamos, vamos, al Dios-Niño
Nuestros dones á llevar!»

Cuando Pedro acabó de recobrar la respiración quiso darme las gracias con los ojos: su mirada era buena. Su figura en aquel momento de relativo bienestar, aislándola de los objetos que la rodeaban, valía bastante más que su lenguaje.

—Ha creído usted—me dijo—que me las iba á liar, ¿no es verdad? Lo que tiene es que esto no es tan peligroso como parece. Aún estoy fuerte, y lo que es el cofre está famoso..... ¿Qué es eso que arrulla la señora allá fuera?

Aplicó el oído, diciendo esto, al canto de Magdalena, y cuando pudo recoger los últimos versos, tornó á su mal talante para exclamar:

—¡Ca, no, no, ni hace falta!.... ¡Es una tontería!....

Está uno bastante embrutecido, es verdad, pero no tanto como para eso. Si su Niño Jesús de ustedes estuviera en ese Paraíso de ustedes ó en otro lado, donde ustedes quieran, ¿dejaría trabajar á nuestros farsantes de cantina? ¿A nuestros farsantes, que son nuestros amos y nuestros criados?.... Que nosotros les sirvamos, aun despreciándolos y todo, se concibe, puesto que saquean y destruyen, puesto que sus dientes son garfios que socavan los fundamentos del viejo edificio social.....

—¡Usted no ha nacido obrero!—le dije, interrumpiéndole á pesar mío, pues que había formado propósito de oírle en silencio.

Pedro dejó de mirarme.

—Yo no sé lo que he nacido—me contestó muy bajo, arrugando sobre los ojos la piel de la frente.

Después, irguiendo de súbito contra mí su faz pálida, en donde resplandecía de improviso una conciencia terrible, añadió entre dientes:

—No, yo no lo sé..... ¡pero aborrezco á mi padre y á mi madre!

—¿Viven?—le pregunté.

—No vivirán mucho tiempo, como de mí dependa.

Sentía yo escalofríos de pies á cabeza al oírle, pero él se dió en reír con una risa nerviosa, como al

principio de nuestra conversacion. Después continuó:

—No tenga usted miedo. También yo empleo figuras retóricas, como dice mi periódico..... El gran periódico. ¡Pega cada garrotazo al solideo, que es lo que hay que ver! Y ¿á que no acierta usted dónde aprendí á leerle? Con los *Frères*..... (1).

—¡Ah!—hube yo de exclamar;—¿ha estado usted en los *Frères*?....

—Sí.

—¿Y les detesta usted?

—Sí..... ahora sí.

—¿Le han hecho á usted daño?

—No, ciertamente..... Y ha de saber usted que me enfadé muy de veras, así como se dice, contra el primer malvado que me dijo: «No hay Dios;» pero mi padre ha contribuido á arrancarme las creencias, y mi madre también.....

—¿Quiénes son, pues, su padre de usted y su madre?

—Un bribon muy enfermo y una bribona que se muere, según dice mi periódico. El bribon es el mundo antiguo, y la bribona es la sociedad de ustedes, más afeminada todavía que pervertida. Por

(1) Hermanos de la Enseñanza.

lo que hace á mi padre de carne y hueso, no ha tenido á bien decirme su nombre, y mi verdadera madre tampoco. Por lo visto, yo les incomodaba; á la una la recordaba seguramente una vergüenza, y al otro quizás un crimen; me abandonaron los dos, y han hecho bien. Pero los hijos como yo, los hijos engendrados por el vicio burgués, muy sagaz, muy decente, muy lavado, muy bien acomodado y muy respetado; los millares y millones de hijos vendidos, echados de casa, abandonados á la izquierda del camino, como se amontona la basura á la orilla de la acera; nosotros, los desechados, somos los que nos tomaremos la acera, la calle, la casa y todo. Aun cuando hubiera un Dios, ese Dios estaría de nuestra parte; pero no le queremos; ¡se nos ha echado fuera de Dios, como de todo lo demás! ¡Y que nos vengan los burgueses, nuestros padres, á hablar de familia! Están verdaderamente graciosos haciendo ese papel. ¡Y de patria!.... La familia es la herencia, la patria es la tierra de los abuelos, y nosotros no tenemos ni herencia, ni tierra, ni abuelos, ni padre, ni madre, ni hermanos, ni hermanas, y, por consiguiente, ni familia ni patria..... Pues bien, nosotros dejamos todo lo demás, pero queremos una patria. Tenemos derecho á ella. Y como nuestra patria es actualmente poseída por

nuestros papás, de quien no somos herederos; por sus señoras, que no son nuestras madres; por sus señoritos, que no son nuestros hermanos, y por sus señoritas, que no son nuestras hermanas, nosotros barreremos todo eso, muerto ó vivo, cocido ó crudo, á votos ó á tiros, como se pueda..... Y no tienen razon ¿entiende usted? los que nos acusan de que queremos repartir. ¿Repartir con quién?.... No, no repartiremos nada con nadie; nos lo tomaremos todo; en primer lugar para tenerlo todo, y en segundo lugar para que nuestros padres no tengan nada..... Esta es la consigna y la marcha.....

Nunca solía yo interrumpir á Juan; pero como él se detuviese aquí para tomar aliento, le dije:

—¡Ah, viejo socialista! no es ya tu Pedro Blot el que habla: eres tú.

Y Juan, sonriéndose, al mismo tiempo que se enjugaba la frente mojada de sudor, me contestó:

—Este es el flaco de los más grandes escritores de nuestro tiempo, que comienzan siempre haciendo hablar á su Pedro Blot, y concluyen por disertar ellos mismos. Has hecho bien en llamarme al orden. Cuando se me pone delante la imagen del vicio galoneado y pulcro, no sé adónde voy á parar, y me acuerdo que allá por los tiempos en que toda-

vía hacia yo libros, sostuve una vez esta tesis (con harta lucimiento, á fe mía); es á saber: que esa excelente y saludable cosa que se llama la LEGITIMIDAD en el lenguaje político, ha muerto en Francia del vicio majestuoso y engalanado de los «buenos años» de Luis XIV, más bien que no del vicio vulgar y desarrapado de Luis XV.

Una institucion fundada en la ley de la familia debe respetar la ley de la familia ó perecer.

Los acomodamientos de conciencia nada valen. El vicio y los productos del vicio son la revolucion misma. Los que hicieron al vicio sentarse en el trono pudieron tan profundamente la madera de que estaba formado, que el trono falseó por todos cuatro pies á un tiempo cuando la virtud de Luis XVI le pesó encima.

A este propósito, y ya que hemos interrumpido la narracion, te haré notar que Tartufa burgués (el padre de Pedro Blot), moderado, liberal, imbuido en la idea de que es conveniente el catolicismo, pero que no ha de haber demasiado; hombre honrado en asuntos de dinero, ó casi honrado, que detesta lo que él llama el «exceso» en el bien como en el mal, pero que detesta naturalmente el bien todavía más que el mal, porque si el mal le da miedo, el bien le da vergüenza y le incomoda; Tar-

tufa-Tartufísimo, amante de la pastelería, partidario del pescado, goloso por la carne, que respeta todas las apariencias y que predica ante todo ¡oh, eso sí, ante todo! la religión en la familia, cuando no está en casa de la madre del pobre Pedro Blot; ese Tartufa tolerante, conciliador y acomodaticio, ni malo del todo ni del todo bueno; ese Tartufa del término medio, rebosando de concesiones y de prudencia, persuadido de que Dios y el diablo disputan y riñen ante el mundo, pero se entienden allá en la intimidad, muy esperanzado de que el mundo no concluirá sino al día siguiente de su muerte, después de la cual ese mismo Sr. Tartufa-Philinto será admitido, no precisamente en el Paraíso, porque tampoco lo desea, sino en un lugar conveniente é intermedio, en una especie de portalada neutral, establecida á manera de los centros de recreo, y donde se podrá entrar por la simple presentación de una tarjeta de conservador; te haré notar, digo, que ese Tartufa nos suministrará una silueta preciosa para nuestro libro en proyecto.

Sólo que no se la podrá recargar demasiado, porque eso ahuyentaría á muchos aficionados á la lectura, á muchísimos.

Queda, pues, sentado, y yo te concedo, que me introduje en el lugar de Pedro Blot por un instante

y hasta cierto punto; pero ¡bah! ese punto no era demasiado subido. Y es tan cierto que Pedro Blot en su lengua de salvaje expresaba, en efecto, mi indignación de cristiano, que le arrimé á mí sin saber casi lo que hacía, estrechando á finas veras contra mi pecho el sórdido envoltorio de su miseria.

Ya ves que no me alabo de ello; al contrario, me acuso; había en mí en aquel instante otra cosa que la caridad: como buen sabueso literario, olfateaba al gazapo de Tartufa detrás de Pedro Blot.

Pero había caridad también, caridad verdadera, y una compasión muy eficaz, pues exclamé con lágrimas en los ojos:

—¡Ah, hermano mío, querido hermano mío, pobre infeliz! ¡Si Dios me concediera la gracia de poder expresarle á usted cuán ardientemente le compadezco y le amo!

—¡Calla!—dijo Pedro Blot, que me miró con asombro;—¡y llora usted de veras..... puede ser que sea usted mi padre!....

Trataba de reirse; pero parecía que el ardor de mi arrebato le había rendido, pues sus párpados estaban también humedecidos. Resistióse, empero, y refunfuñó:

—¡Vamos! ¿A que voy yo también á lloriquear ahora? ¡Es mucha dulzura! ¡Farsas, y en todas par-

tes farsas! ¡Farsantes de la república y farsantes de la sacristía! ¡Yo que iba á decir á usted que servimos á aquéllos por ver de aplastar á estos otros á quienes usted pertenece, y á sus primos ó afines de ustedes los farsantes de la riqueza agrícola y del comercio,... y usted me abraza! ¿Acaso cree usted en volverme en su media sotana, haciéndome salir de mi saco? ¡Vamos, pronto! respóndame usted á derecho: ¿qué me quiere usted, eh?

—Quiero—le respondí con claridad por cierto,—quiero oír su historia de usted. Soy muy pobre, pero haré por usted todo cuanto pueda.

—Verdaderamente—murmuró echando un vistazo sobre mi traje,—que no tiene usted traza de capitalista. Y se diría, también es cierto, que conserva usted un resto de buen corazón.....

Continúo, pues: yo era cargador de carbon en la fábrica de Curva-vía, y Adela costó botinas á máquina en París. Adela no sabía leer, pero yo por mi parte tenía la suficiente educación; y el ciudadano Mazagrán, de que ya le he hablado á usted, joven que tiene el hilo de la trama, y que se manifiesta de treinta maneras distintas, me pagaba en promesas porque leyese sus libritos á mis compañeros antes de fundar todavía su periódico. Allí es, sobre todo, donde yo he aprendido la verdad pura sobre

la gente de sotana y sobre todos los demás que representan esa comedia de Dios.

Mazagrán había recibido, siendo niño, el sustento en casa de un cura; sabía, por ende, largo y tendido acerca de los embustes de los curas. El cura que sostenía á Mazagrán daba todo lo que tenía, hasta la camisa; pero ya se sabe por qué hacen eso; eso es para atraer y embaucar á los que andan desnudos.

Mazagrán, por su parte, no da nada; no es tan bruto; pero prometé sin regatear, y no obsta el que se le vea y se le conozca de cerca, porque tiene talento, y sobre todo *tupé* como ninguno. Prueba como tres y dos son cinco que les ha llegado al fin á los obreros el turno de divertirse, y que la gente pobre ha sufrido ya bastante tiempo para poder ahora gozar en proporción. Esto, naturalmente, nos halaga; y luego está de la mañana á la noche sacudiendo palizas á la sociedad envejecida y bárbara. ¡Bien necesita la infeliz ser dura de morir!

Y después todavía Mazagrán tiene su discurso de los domingos, en el que coge á Dios por una oreja para decirle cara á cara: «¡Vamos á ver! despiértate, Jesús, si es que no eres de palo!» Es una calaverada; pero Jesús no da nunca señales de vida. Y Mazagrán tiene los bolsillos llenos de dinero, gana-

do así, abofeteando á Dios: ya ve usted cómo es más fuerte que Dios.

Adela no le quería bien, conforme con sus rancias preocupaciones, y decía que crucificaba á su Salvador como los judíos del tiempo de la Pasión. «Le ha de suceder alguna desgracia,» era su constante cantilena. «Sí, toda su desgracia deseo yo para nosotros,» la decía yo. Mazagrán tira hoy cincuenta mil ejemplares de su periódico, y es afortunado como un jiboso. Sobre mí es sobre quien descarga toda la desgracia; pero no es de mano de Dios de donde mi desgracia viene, puesto que data ya desde mi nacimiento. ¿Qué edad me echa usted?

—Cuarenta años, poco más ó menos.

—¡Cá! no acierta usted ni con mucho. No tengo más que veintisiete. Es que los años de miseria se cuentan dobles, como los años de campaña..... ¡Y yo he sido miserable siempre..... siempre..... siempre!..... ¿Dónde está Dios en todo esto? Pero continuemos. Es verdad que sufrí allí el accidente de las dos piernas; pero tampoco esto fué cosa de Dios; fué una carreta de cok que me pasó por encima en el depósito. No estaba yo ya muy valiente; acababa, por cierto, de salir del hospital, adonde me habían llevado á causa de unos ataques que me daban de no sé qué mal, de una cosa que se parecía á la epilep-

sia. El médico del establecimiento me dijo que aquello me provenía del ajeno, y que, si no dejaba el ajeno, moriría de repente. Tanto mejor, dije yo para mí; no me gusta ir languideciendo poco á poco..... ¿Usted sabe lo que es un aneurisma? Dice que también, por añadidura, se me está formando uno; pero me es igual: en el fondo estoy mejor que él. Entiendo algo de eso..... Me encuentro fuerte; no hay nadie más fuerte que yo en todo París.

Adela era la que estaba mala y no podía seguir adelante con su trabajo. El jueves último hacía ya quince días que no cobraba un céntimo por obra concluida. Y por cierto que no debía Dios apurarla de esa manera, puesto que ella era de los de su bando; pero está visto que no sabe Él ni quién le ama ni quién le aborrece.

Vivíamos en Curva-vía, y habíamos ido vendiendo poco á poco todo aquello de que se podía sacar dinero. No nos quedaba más que el colchon. Aun éste fué menester venderle, y Adela lloró al verme acostado en el suelo con mis dos piernas tullidas. Cuando la vi llorar me puse colérico, y la dije:

—¡Es cosa de acabar de una vez!

Aun ella estaba tan desesperada, que no pensó ya en su buen Jesús por aquel momento, ni en nuestro niño, y me contestó: